

LA DEMOCRACIA-MITO

NO son democráticas muchas formas, bastantes actitudes e innumerables personas que se lo creen o lo fingen. No hay hábitos democráticos ni perfil psicológico en muchos españoles solapados a lo que Dahl llama «personalidad democrática»; escasean los seres abiertos, transaccionales, respetuosos con la dignidad ajena y que no sienten pisotado su orgullo por ceder en derechos y razones. No es éste, sin embargo, el tema que preocupa hoy.

■ Se trata de un planteamiento más general que podíamos llamar mitificación de la democracia. La falsean cuantos a pretexto de la democracia quisieran convertirla en mera etapa transitoria para su revolución. Estos contribuyen a mitificarla y confundirla, haciendo que el pueblo llano crea que la votación a mano alzada es más democrática que la votación directa, secreta o por poder... La mitificación pretendida por este falseamiento lleva siempre un veneno oculto, para liquidar el deseo de democracia auténtica.

■ No es ésa, con ser grave, la falacia que quiero desenmascarar. La mitificación, cuya crítica incumbe a cualquier periodista o escritor que ame a España por encima de las consignas internacionales

Por J. M. GONZALEZ PARAMO

o de los dogmas particulares, es otra. Para mí, la mitificación peor nace de atribuir a la democracia el remedio de situaciones y problemas para los cuales carece de virtud. Quien crea que la democracia resuelve nuestros asuntos sin nuestro esfuerzo se equivoca; el que convierta la democracia en pretexto para la vagancia, el desconcierto colectivo o la revancha personal, la degrada. La democracia no arregla ningún problema que dependa de la naturaleza, porque consiste en un sistema de relaciones que no hace feraces las tierras ni aumenta la productividad de las fábricas o la renta a repartir. La democracia no resuelve con votaciones las cuestiones técnicas o artísticas que dependen del saber o el estro. No se llega a la luna a votos ni la Venus de Milo se esculpe por una comisión gestonaria.

■ Los demócratas lúcidos se sienten atónitos ante el fervor infantil y exagerado con que hoy se pronuncia la palabra democracia en sentido netamente contradictorio, como si todos hablasen de lo mismo al hablar de ella. Me parece que se espera tanto de su vara mágica, que la desilusión puede ser inevitable y sorprendente. No, la democracia no engorda las redes de los pescadores, ni hace más abundantes las cosechas, ni da a la vida calidad —de ambiente, de cuerpo, de espíritu— sin pagan uno a uno, y todos a la vez, el precio de esfuerzo y sacrificio para alcanzar el nuevo orden de relaciones que hace la vida más libre.

■ No suple la democracia la incomodidad de vivir la vida con tensión y distensión en alternancia desafiante de goce y sacrificio. Por eso, desmitificar la democracia es una labor de honradez ideológica y de sentido común, a la que, afortunadamente, cada vez nos enrolamos más.